

ERIK BORGMAN

Redefiniendo la itinerancia

O cómo dejar de lado la estabilidad en un mundo movilizad

1.

El nuestro es un mundo movilizad. No se trata simplemente de que esa movilidad y ese cambio se hayan vuelto permanentes, ni de llevar la paradoja aun más lejos: la situación “estable” en la que vivimos donde la estabilidad y lo demás se han vuelto excepcionales. El cambio se ha convertido en norma. El filósofo alemán Peter Sloterdijk ha escrito un libro sobre la manera cómo las personas contemporáneas se entienden a sí mismas con el título: *Du sollst dein Leben ändern*, ‘Deberíais Cambiar Vuestra Vida’. Hemos aprendido – y seguimos aprendiendo, dentro de nuestras culturas corrientes – que no somos más que proyectos, posibilidades, oportunidades. Podemos hacer algo bueno, producir algo bueno, realizar algo bueno con nuestras vidas. El cambio y la corriente se han vuelto un imperativo moral. Para ser buenos, y realizarnos en nuestra humanidad, debiéramos movilizarnos contra toda tendencia o inclinación a considerarnos satisfechos con lo que tenemos o con lo que somos. Es exactamente lo contrario de la visión clásica del asunto. En la Antigüedad y en la Edad Media, la convicción espontánea era que ‘ser’ significaba ‘ser estable’. El problema era cómo pensar en la evolución y en el cambio como una forma digna de la existencia, y no como un defecto; como no estable *aun* o como *ya no* estable. Por el contrario, nuestra visión espontánea es que ‘ser’ es ‘estar cambiando’. Para nosotros, los modernos, la cuestión radica en pensar correctamente en la constancia, como evitar verla, ya sea como *no moviéndonos aun* o como *no moviéndonos más*. El descanso se ha convertido en algo que nos permite movernos mejor en un futuro cercano, o una concesión hecha a nuestras energías limitadas y nuestra inhabilidad para movernos todo el tiempo, que es su consecuencia. En el mejor de los casos, la estabilidad y la constancia se representan como algo tedioso y, en el peor, como señal de muerte inminente.

Se podría argumentar que nosotros, como miembros de una Orden itinerante deberíamos alegrarnos de esta situación. Claramente, podemos creer que ha llegado nuestra hora y que todos los seres humanos son enviados, voluntariamente o no, ‘como ovejas en medio de lobos’ (Mat. 10: 16), sin saber de antemano dónde reclinar la cabeza, como se dice del Hijo del Hombre (Mat. 8: 20; Luc. 9: 8). ¿Nuestra cultura ha descubierto, en efecto, la sabiduría de nuestro Padre Domingo: que el grano, si se deja, se pudre, pero si se desparrama y se siembra da mucho fruto? En su libro, el filósofo Peter Sloterdijk sugiere que nuestra moderna movilización es una herencia secularizada de la Cristiandad. Según su punto de vista, ‘Usted Debería Cambiar Su Vida’ es una versión secularizada de la llamada cristiana y bíblica al arrepentimiento. Indudablemente, uno de los descubrimientos mayores de las Órdenes mendicantes consiste en saber que la santidad no es un estado, sino que exige un arrepentimiento constante, que se aparta de las tentaciones directas y de las sutiles seducciones del mundo para, en cambio, volverse hacia el Jesús pobre y mendicante de los Evangelios. ¿Podemos finalmente dar por sentado que nuestra cultura contemporánea entiende esto, de que ya no necesitamos predicar la necesidad de abandonar la seguridad de una vida estable, y limitarnos a recalcar que no deberíamos intentar encontrar nuevas seguridades programadas? Tal se encuentra expresado en forma conocida en el Evangelio de Mateo:

No tengáis ni oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni alforja para el camino,

Ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento (Mateo 10: 9-10).

¿Se debe a la simplicidad y a la vulnerabilidad que hoy en día prediquemos, realizando la vulnerabilidad que surge de la constante movilidad del tiempo presente?

2.

Probablemente, os resultará familiar el modo con que Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae* siempre empieza con *videtur quod*, ‘parece que’, o ‘no parece que’, *videtur quod non*. En todos los casos, se prueba que es un error. Así que sugiero que ‘parece que la itinerancia se ha vuelto un valor importante en la cultura contemporánea’, posiblemente esperaréis que os demuestre que esto es un error. En cierto modo, lo haré. Sin embargo, es necesario que consideremos la pérdida contemporánea de la certeza como una ganancia espiritual. Por lo menos en principio. No debemos caer en la tentación de predicar supuestas certezas del pasado para que la gente pueda volver a ellas; u otras nuevas para que encuentren nuevas fortificaciones. Como afirma el Salmo 46: ‘Dios es nuestro refugio y fortaleza; nuestro defensor en las tribulaciones’; y la Biblia nos dice una y otra vez cómo esta fortaleza muchas veces aparece como debilidad.

En muchos de nuestros países la gente se da cuenta de los riesgos nuevos y de las inseguridades que surgen con las economías globalizadas y el debilitamiento del estado de las naciones. La respuesta a muchos de ellos es un pedido de protección. ¡Salvadnos de los extranjeros que nos hacen sentir inseguros respecto de nuestro modo de vida y nuestra religión! ¡Salvadnos de los competidores que puedan arrebatarnos nuestros trabajos! ¡Salvadnos de los criminales que socavan la ley, de las burocracias que introducen reglas y normas opacas! Lo que nos resulta especialmente amenazante a nosotros los Dominicanos es: salvadnos de los análisis matizados y complicados que sugieren que lo que sospechamos es cierto: que no podemos enfrentar las situaciones que se nos presentan buscando soluciones simplistas. Siendo esta la situación y con los movimientos populistas y anti-islámicos abarcando el mundo occidental, el mensaje bíblico ‘No tengáis miedo’ resulta altamente provocativo y acertado. Esto no quiere decir, por cierto, que a veces no haya graves peligros, ni que no debemos tomar ciertas medidas para proteger a personas vulnerables, aunque debemos tener cuidado de no confundir riesgo con peligro y cambio con amenaza. El mensaje del Evangelio no quiere decir que no haya nada de qué estar atemorizado. Hay muchas cosas que justifican nuestros temores, pero sin embargo, no debemos temer. Alguien se ocupa de nosotros, incluso en nuestros miedos, incluso en los más graves peligros, incluso en la catástrofe y la muerte; por lo menos eso es lo que proclama el mensaje pascual. Por lo tanto, debemos encomendarnos a Dios. Como afirma Jesús en el Evangelio de Juan: ‘En el mundo pasáis apreturas, pero tened confianza: Yo he vencido al mundo’ (Juan 16: 33).

Quizá efectivamente, tengamos una oportunidad, en nuestra época y edad, de descubrir de nuevo lo que significa confiar en Dios, exactamente porque nos hemos visto tan vehementemente despojados de las ilusiones de estabilidad, constancia y permanencia. Tal vez debiéramos abrazar la situación como una verdadera oportunidad para redescubrir la relevancia de la itinerancia. Para decirlo claramente: no sé vosotros, pero lo que es yo, me siento bastante incómodo si veo a algunos de los hermanos y hermanas construyendo una identidad dominicana fuerte para encontrar, por lo menos, una

estabilidad mental en un mundo en continuo cambio. *Stabilitas*, estabilidad, apenas puede, en mi opinión, ser considerada un lema dominico. Para encontrar a Dios, en medio de un cambio constante, nosotros mismos debemos ser flexibles y no tener miedo de volvernos vulnerables. Los Evangelios nos advierten de que no confiemos en aquellos que nos dicen ‘aquí está el Mesías’ o ‘allí está el Reino de Dios’: ‘He aquí que el reino de Dios está entre vosotros’ (Luc 17: 21; cf. Mat 24: 23; Mar 13: 21). Si nos sentimos inseguros, el reino de Dios está en nuestra inseguridad, no en su negación.

3.

Sin embargo, en el subtítulo de mi conferencia, hablo de ‘movilización’. Pero ‘movilización no es simplemente sinónimo de ‘dinamismo’. ‘Movilización’ es, en último término, una expresión militar. No nos enfrentamos sencillamente a una situación de cambio repentino, de modificación e inestabilidad. El mundo contemporáneo está ‘movilizado’, así como los soldados se movilizan cuando hay peligro de guerra. Estamos movilizados, en el mundo contemporáneo, para un proyecto específico. El dicho imperativo ‘Deberíais Cambiar vuestras Vidas’ se ha convertido, en el momento actual, en parte del proyecto para cambiar fundamentalmente el mundo. Los resultados de este proyecto activista son, en el mejor de los casos, ambiguos, y a menudo demuestran ser violentos y producir muchas víctimas.

En ese sentido, podría decirse que la movilización en auge en nuestro mundo siempre cambiante y globalizado, se opone al movimiento del reino de Dios, hacia el cual Jesús moviliza a sus discípulos:

Y de camino predicad diciendo: ‘El reino de los cielos se ha acercado’. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad fuera a los demonios. Recibisteis gratuitamente, dad gratuitamente. No tengáis ni oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón. Porque el obrero es acreedor a su sustento. (Mat 10: 8-10).

Estos versículos expresan lo esencial de la itinerancia evangélica que santo Domingo deseaba vivir. No requiere demasiada imaginación, creo, darse cuenta de que la movilización globalizada actual contiene un concepto totalmente opuesto. En las vidas y corazones de la gente se introducen demonios malévolos de ansiedad y temor. Se proclama que los cuerpos individuales y colectivos están sucios y son una amenaza a la pureza de los demás. Nacen las enfermedades, se provoca violencia y muerte. Se calculan los costes de todo y parece más difícil que nunca dar o recibir ‘sin coste’. En otras palabras, mientras la gente de nuestros países intentan resistir a las fuerzas de la globalización, despliegan alguna percepción de su situación. Hay mucho que resistir, mucho que lamentar, mucho que advertir. En el campo de la religión, lo que se hace a menudo es buscar tranquilidad y reposo, lejos del torbellino amenazante y desestabilizador al que se enfrentan en su vida. Aunque desde una perspectiva Dominicana esto es altamente problemático; no llevar alforja para el camino, en mi interpretación, también significa no tomar demasiadas respuestas para bloquear cuestiones perturbadoras; no llevar bastón significa también no apoyarse en técnicas espirituales para combatir la vulnerabilidad; no llevar dos túnicas también significa no buscar protección de influencias perturbadoras, y aunque buscar refugio del torbellino globalizante y movilizador es altamente ambivalente, debe tomarse muy seriamente. No como proyecto para seguir, porque por último el reino de Dios no es un proyecto que

debamos asumir, sino un movimiento al que se nos llama para participar, un ejemplo de lo que nuestro hermano fray Marie Dominique Chenu, en el Segundo Concilio Vaticano enseñó a llamar ‘los signos de los tiempos’.

Tomás de Aquino ha señalado que nuestros apetitos e inclinaciones naturales no son erróneos. En su correcta proporción nos indican la felicidad supranatural que, en último grado, es la comunidad con Dios mismo. Preferir la seguridad a la inseguridad y la armonía y el silencio al caos y la cacofonía, no es lo problemático en las tendencias religiosas y espirituales contemporáneas, tanto fuera como dentro de la Iglesia. El problema no es el amor al silencio, el problema es el intento de encontrar silencio silenciando la cacofonía de los lamentos y los debates que llenan nuestro mundo. El problema no es el amor a la tranquilidad, sino el intento de encontrarlo, excluyendo la turbulencia causada por la gente que trata de huir del sufrimiento y encontrar la felicidad. La armonía y la seguridad halladas mediante la exclusión del caos y de la inseguridad no son, en último término, ni armoniosas ni seguras. El silencio y la armonía pueden conservarse, solamente, buscando y cultivando la armonía y el silencio en medio del caos y la cacofonía.

Si se me insiste, yo podría incluso sugerir que eso es exactamente lo que santo Domingo descubrió y lo que lo obligó a dejar su vida de canónigo regular de la catedral de Osma. Por supuesto que no hay nada malo en celebrar la armonía Divina con la Liturgia de las Horas, nada malo en contemplar la verdad divina con la *lectio* tradicional. Pero, cuando santo Domingo y su obispo Diego descubrieron en sus viajes que en el mundo exterior apenas existía la armonía y que la verdad era debatida duramente, no pudieron dejar fuera el caos y la cacofonía mientras ellos se volvían tranquilamente a casa. Se sintieron llamados a encontrar y predicar la armonía de Dios en medio del caos, en medio de la cacofonía. Y eso mismo es lo que hicieron.

4.

Eso es lo que ha posibilitado que estemos incluidos dentro de la Orden Dominicana. No me estoy refiriendo simplemente al hecho de que sólo porque santo Domingo empezó a descubrir lo que significa que el reino de Dios está verdaderamente ‘entre nosotros’, haya hecho posible considerar las vidas de los laicos como posibles ejemplos de vida religiosa. Solamente, si puede encontrarse realmente a Dios en conexión inmediata con el mundo, si, como lo expresó el Dominicano francés Henri-Dominique Lacordaire en el siglo XIX, adoptado por los curas obreros en los años 1940 y 1950, *présence au monde c’est présence à Dieu*, solamente la presencia en el mundo es presencia con Dios; si solamente puede encontrarse a Dios en la conexión inmediata con el mundo, las vidas que participan profundamente en él pueden ser consideradas vidas religiosas en todo el sentido de la palabra. No deberíamos considerar que tenemos una misión en el mundo, que debemos traerle algo que no tendría si no fuera por nosotros. Como laicos, y por consiguiente, como personas que vivimos en unión íntima e inmediata con el mundo y su destino, somos, por decirlo de algún modo, lugares donde el significado religioso del mundo puede ser descubierto y donde podemos, por tanto, aprender qué y cómo predicar. Volveré a esto dentro de un momento.

Cuando digo que santo Domingo descubrió que debería encontrar a Dios en medio del torbellino del mundo, e hizo posible que nosotros participáramos, en primer lugar, en la vida Dominicana, quise decir algo distinto, algo no sólo más concreto y más profundo.

Por supuesto, no conozco vuestros sentimientos, pero mi propia vida es frecuentemente alta y profundamente caótica, las discusiones con mi familia y los debates en la universidad y en los medios son cacofónicos. El torbellino de la cultura contemporánea impregna mi espíritu y mi cuerpo, y, porque soy un teólogo profesional, también mi teología, mucho más de lo que me gustaría admitir. Si de la vida religiosa se excluyeran la turbulencia y el caos, no me quedaría mucho para aportarle. Lo que verdadera y profundamente soy y encarno, de buena o mala gana, queda fuera. La vida religiosa, entonces, sólo ofrece un espacio parcial para mi alma y no es mi alma entera un verdadero espacio para que florezca la vida religiosa. Y eso es lo que, finalmente, santo Domingo nos ofrece: la posibilidad de que nosotros, laicos, que vivimos en el mundo con todo su caos perturbador y violencia amenazante, hagamos de nuestras almas, profundamente y sin reserva, espacios para la vida religiosa. De las palabras del libro del Apocalipsis:

Mirad, aquí vive Dios entre los seres humanos. Pondrá su casa entre ellos, él será su pueblo, y será su Dios, *Dios-con-ellos* (21: 3 Biblia de Jerusalén).

Yo diría que esta es nuestra tarea como Laicos Dominicanos hoy: encontrar qué significa lo que afirma san Pablo, que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo dentro de nosotros, que lo hemos recibido de Dios (cf. 1 Cor. 6:19).

5.

Pienso que hemos llegado a la raíz de lo que tenemos que tomar de santo Domingo, quien, de manera metafórica, puede llamarse el ‘pozo’ de la Familia Dominicana. La metáfora de nosotros ‘bebiendo del pozo de santo Domingo’ que es el lema de nuestra conferencia, en cierto sentido es peligroso. Podría insinuar que santo Domingo es la fuente de agua que nosotros podemos dar, pero sólo podemos dar lo que hemos recibido directamente a través de santo Domingo. Creo que debiéramos subrayar de forma tan poco ambigua como sea posible, que nuestra misión o tarea no es nunca ser como otra persona, de acuerdo con el plan de Dios. No es ni siquiera tampoco nuestro deber seguir siendo como éramos en el pasado.

He aprendido de mi mentor, el teólogo dominicano flamenco Edward Schillebeeckx, que el Cristianismo, en un sentido muy profundo, no es una religión del pasado, ni siquiera del presente. La fe cristiana es una fe en el futuro que Dios abre delante de nosotros. Ese futuro de Dios, por supuesto, se abre ante nosotros en el presente, pero no va a ser una continuación del presente, deberíamos dar gracias a Dios por ello. Así se nos promete en el libro del Apocalipsis: ‘Mirad, Yo renuevo todas las cosas’ (21: 3). El futuro se nos abre en el presente, sobre la base de la presencia de Dios en el pasado como lo atestiguan las Sagradas Escrituras, pero no será una repetición del pasado. ‘La Escritura no es algo para “aplicar” al mundo’, he leído hace poco en algún lado, ‘sino algo para actuar, como una sinfonía, un ballet o un circo’¹. Amén. O mejor aun, la Escritura presenta el guión que nos permite entender lo que se representa entre nosotros mediante la gracia de Dios, a veces gracias a nosotros, pero nunca simplemente por nosotros.

¹ S. Claiborne/C Haw, *Jesús for President: Politics for Ordinary Radicals*, Grand Rapids: Zondervan 2008, 310.

En más de una manera, las vidas de los santos son la continuación de la Escritura que nos presenta la historia de cómo ser fieles a Dios, el cual se revela haciendo cosas profundamente nuevas. Santo Domingo es importante para la historia de la Iglesia porque dijo e hizo cosas nuevas y, de ese modo, añadió algo a la imagen ya recibida de Dios. Por otra parte, las cosas nuevas que hizo fueron reconocidas como reveladoras de aspectos nuevos del Dios ya conocido anteriormente. De manera análoga, no debemos imitar a santo Domingo, aunque debemos parecernos a él de modo nuevo y sorprendente. Debemos reinventar el carisma Dominicano en nuestra época y lugar. Reinventar es una palabra bien extraña. Aparentemente tenemos que inventar algo novedoso, pero que esté dentro de la continuidad de lo que hemos recibido del pasado, como si fuera una llave para abrir la puerta y recibir al futuro.

Para entender la metáfora de ‘beber del pozo de santo Domingo’ con fruto de manera Dominicana, sugiero que recordemos lo que dijo Jesús a la Samaritana en el Evangelio de Juan mientras hablaban sentados junto al pozo de Jacob. Él dijo, según el Evangelio de Juan: ‘el agua que Yo le daré se hará (en él) agua surgente para la vida eterna’ (Juan 4: 14). Según me dice la lectura de la historia de la Orden Dominicana, santo Domingo desarrolló las Constituciones de la Orden de Predicadores como un medio para que sus hijos e hijas espirituales bebieran del manantial que el Espíritu Santo cava en nuestro corazón, como personas y como comunidad. Todos debemos discernir los ‘signos de los tiempos’. Empleando las palabras del Concilio Vaticano Segundo:

El Pueblo de Dios cree que quien lo guía es el Espíritu del Señor, que llena la tierra. Motivado por esta creencia, trabaja para descifrar los signos auténticos de la presencia y de los propósitos de Dios en los acontecimientos, necesidades y deseos en los cuales toma parte este Pueblo junto con otros hombres de nuestra época (*Gaudium et Spes*).

Nosotros, como Dominicos que somos debemos hacer eso y todos deben hacer que sus comunidades vean la obra de Dios y perciban lo que Dios quiere que ellos sean y hagan. Este es un punto que debatimos y este debate, según nuestras Constituciones, nos abre la capacidad de recibir la venida del futuro de Dios.

El genio y el carisma de santo Domingo se expresan precisamente en la intuición que tuvo de dejar la comunidad cerrada de la catedral de Osma para encontrar lo que ha de decirse y hacerse en obediencia de las Escrituras que él había estudiado y meditado tan a fondo allí mismo. En otras palabras, en términos Dominicanos, debemos descubrir lo que se encuentra en el corazón de nuestra identidad permitiéndonos entrar en momentos en los cuales nuestra identidad se ve desafiada y cuestionada. Allí lo encontraremos de nuevo a través de nuevos descubrimientos y viejas intuiciones, mediante nuevas preguntas que descubran nuevos aspectos en viejas respuestas, y mediante viejas preguntas que descubran aspectos inesperados en situaciones que creíamos ya comprendidas.

6.

Estoy convencido que esto nos acerca, finalmente, al significado de la itinerancia. La itinerancia no quiere decir ser siempre dinámico, estar siempre en movimiento. Se trata de ir donde nos manden y en arriesgarnos a depender de lo que encontremos y de lo que se nos dé: de ninguna manera estar simplemente en casa. Deberíamos ser como los

‘extranjeros y pasajeros’ de la primera epístola de Pedro, que tienen que buscarse la vida en el mundo, pero que como saben que no están en su casa ‘se mantienen fuera de los deseos humanos que hacen la guerra al alma’ (2:11). Deberíamos ser como Abrahán, ‘porque esperaba aquella ciudad de fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios’, según la epístola a los hebreos (11: 10). Pero la carta a los Hebreos también dice: ‘la fe es la realización de lo que se espera y la evidencia de las cosas no vistas’, es decir, esa ciudad con fundamentos cuyo arquitecto es Dios. Con la fe vivimos en el futuro que esperamos, no asiéndonos a lo que tenemos sino, a sabiendas, haciéndonos dependientes de lo que se nos dará. Y al contrario, distanciándonos de la situación presente y sabiendo que allí no estamos en casa, los Dominicanos esperan la gracia de Dios del futuro de Dios y dando testimonio del hecho de que es posible vivir sobre la base del futuro que se nos dará graciosamente, tal como nos lo dice la fe.

En una cultura cautivada por su propia dinámica y movilizada para convertirse en globalizada, esto, en cierto sentido, significa quedarse atrás. No debemos correr porque nuestra cultura nos dice que lo hagamos y hacia donde debemos ir, sino que debemos encarnarnos en lo marginal porque allí es donde Dios despierta su futuro. Así dijo Dios según el libro del Éxodo en el que revela su nombre, la verdadera esencia de su ser:

He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído su grito de queja contra los conductores de esclavos, de modo que sé bien lo que están sufriendo. Por lo tanto, he bajado a rescatarlos de las manos de los egipcios y conducirlos fuera de esa tierra a otra buena y espaciosa, una tierra que mana leche y miel (3 7-8).

Dios baja y se ocupa del sufrimiento de su pueblo, como el fuego en la zarza ardiendo, como el deseo de salvación y liberación que nunca se apaga, aunque la gente tenga tendencia a establecerse por menos. Creo que la misión Dominicana es rehusar vivir sino en el deseo de salvación y de liberación. El llamado dominicano a personificar el deseo de salvación y de liberación haciéndonos dependientes del cumplimiento de ese deseo tanto como sea posible. Sólo así podremos predicar la salvación y la liberación. Sólo aquellos que son capaces de saber depender de la gracia de Dios pueden predicar esa gracia de manera convincente.

Todos sabemos que después del Concilio Vaticano Segundo se hicieron serios estudios sobre el origen de la Orden Dominicana. Sabemos que probaron más allá de cualquier duda razonable que el deseo más profundo de santo Domingo, que es el pozo de nuestras vidas Dominicanas, es decir la fundación de una Orden ‘que se llamaría y verdaderamente sería una Orden de Predicadores’. Tanto en primero como en último término somos una Orden de predicadores y la espiritualidad Dominicana es una espiritualidad de predicadores y de predicación. Todos sabemos que la tarea de los Dominicanos es estudiar para ser buenos predicadores, que el estudio tomó el lugar de la *lectio divina* ocupaba en los monasterios tradicionales de vida religiosa. También sabemos que el concepto Dominicano de pobreza difiere de la idea franciscana de la pobreza y que lo nuestro no es unidillo con la Dama Pobreza, como los franciscanos. Se dice comúnmente que los Dominicanos son pobres, porque predicar en pobreza, en debilidad y vulnerabilidad, compartiendo la vida de aquellos a los que se predica, tiene más éxito que predicar con poder y fuerza. Eso es lo que descubrieron Diego y santo Domingo en su primera misión contra los cátaros. Para ser convincentes, tuvieron que dejar de lado su poder y su fuerza, a los que podrían haberse creído con derecho por haber venido en nombre del Dios del poder y de la fuerza.

7.

Sin embargo, según mi opinión, la relación entre pobreza y predicación es más íntima. La pobreza no trata sólo de *cómo* debemos predicar, es la pobreza la que nos dice *qué* debemos predicar. Predicar la liberación y la salvación requiere conocimiento de lo que la gente necesita para liberarse, y saber qué es para ellos liberador y salvífico. Por lo tanto, el predicador tiene que compartir sus necesidades y deseos, su experiencia de la pobreza y de las carencias y de ahí su deseo de recibir graciosamente lo que el predicador les da. El teólogo suizo Hans Urs von Balthasar (1905-1988) ha escrito:

Una de las cosas más difíciles para un creyente es ayudar a uno que duda. Como Moisés, cuando hablaba a la gente, debemos cubrirnos la cara para aplacar el resplandor de la evidencia dentro de nosotros y así, de acuerdo con las palabras de san Pablo, lamentarnos con aquellos que se lamentan, preguntarnos con aquellos que se preguntan y dudar con los que dudan; porque así ellos superarán su desconfianza del esplendor en la luz amortiguada. Al mismo tiempo, sin embargo, debemos dejar pasar suficiente claridad con el objeto de que los pusilánimes cojan valor y obtengan fortaleza del ejemplo de fe.²

Empero, en términos Dominicanos y según mi punto de vista, como predicadores debemos realmente 'llorar con quien llora' (Rom 12: 15) como señala san Pablo, e incluso debemos preguntar con quienes preguntan y dudar con quienes dudan; von Balthasar considera que esto último es imposible porque para el verdadero creyente 'la fe cristiana es el eje de todo lo que dice y hace'.³ Si esto es cierto ¿quién podría llamarse creyente? No obstante, felizmente para los Dominicanos, la fe nunca es una posesión, algo que crean tener. Es algo que debemos recibir, como si fuéramos mendigos. Lo esperamos como una respuesta a las dudas que compartimos con nuestros contemporáneos, a las preguntas que tenemos en común con aquellos que nos rodean, a las lágrimas que derramamos en nuestro compromiso con el sufrimiento que, en sí mismo, no apunta hacia ninguna salvación.

Según Tomás de Aquino, deberíamos ser pobres del mismo modo que Cristo, como dice san Pablo, 'se despojó' al asumir radicalmente la naturaleza humana. Ésta en sí misma es pobre. Como lo explica el Aquino: 'la naturaleza divina es suficientemente plena, porque allí se encuentra toda la perfección de la bondad; la naturaleza humana y el alma no están colmados, pero pueden colmarse'⁴. Nosotros, como seres humanos, dependemos de la recepción de la plenitud divina; saber que allí se encuentra nuestra riqueza. Según el punto de vista de santo Tomás, esto significa que somos ricos siendo verdaderamente pobres, cercanos a Dios en nuestro conocimiento de que Dios tiene que acercarse a nosotros, que estamos salvados en nuestro conocimiento de que necesitamos urgentemente la salvación. Esto, diría yo, es la salvación que deberíamos estar predicando a nuestros contemporáneos del mismo modo que nos la predicamos a nosotros mismos, porque sabemos que nuestra fe debe ser despertada y encendida nuevamente. El Aquino escribió un pequeño tratado donde defendía la comprensión radical de la vida según el Evangelio, en las Órdenes mendicantes, contra sus adversarios. En él explica que vivir una vida de pobreza significa seguir a Cristo y, en último término, expresa la esperanza de que no sea 'establecido en posesiones, sino en

² *Tre Grain o f Wheat: Aforisms*, San Francisco: Ignatius Prss 1995.

³ *Engagement with God*, San Francisco: Ignatius Press 2008, 98.

⁴ *Super Epistolam B Pauli ad Philipenses lectura*, Caput 2, lectio 2.

Dios'.⁵ No significa que la pobreza sea buena, pero el centrarse en la bondad graciosa de Dios la acompaña.⁶ Así, en cierto sentido, la pobreza extrema de Cristo, -'nunca hemos oído que Cristo poseyera nada', escribe el Aquino con expresión terminante⁷- es el equivalente humano de su unidad divina con Dios. Del mismo modo, la pobreza con conecta con Dios y nos convierte en santuario de Dios. La pobreza no nos permite distracciones y todo nuestro amor se concentra en el único objeto verdaderamente digno: Dios como dador de todas las gracias.

Esta es la pobreza dominicana: el conocimiento y la aceptación de nuestra vulnerabilidad en todos los aspectos de la vida. En esta pobreza podemos descubrir a Dios como nuestra verdadera riqueza y predicar la gracia de Dios como 'Buena Nueva' verdadera y profunda, con nuestras palabras y nuestra vida, tanto a los demás como a nosotros mismos.

8.

Esperemos que toda esta teología técnica no os haya distraído. El resumen de lo que estoy tratando de decir es que nuestra vocación Dominicana es compartir la pobreza de la gente que nos rodea con el objeto de aprender a predicar la gracia de Dios a ellos y a nosotros mismos. Sólo así podemos tener claro que Dios está graciosamente presente en ellos y en nosotros. Creo que ésta fue la experiencia que tuvo santo Domingo como predicador: que la fuente, el pozo de su predicación, se encontraba en la pobreza que compartía con otros y que, en último término, Dios compartía con ellos. El manantial de agua que brotaba hacia la vida eterna del predicador -parafraseando las palabras de Jesús a la Samaritana en el Evangelio de san Juan- no es la abundancia, ni siquiera la fe en la abundancia. Lo que tenemos que ofrecer no es la fe, ni riquezas de ningún tipo, por lo menos no directamente. No podemos dar la fe, lo que podemos dar es el conocimiento de la pobreza como plegaria, como apertura hacia la presencia fiel de Dios, la que, en esencia, es la fe en la presencia fiel de Dios. Si somos capaces de compartir y personalizar la pobreza de la gente en el tiempo y lugar en que nos encontremos, no solamente compartiendo la pobreza de que son conscientes, sino revelando lo que puedan considerar su riqueza como lo es la pobreza, señalamos que esa es una salida a nuestra ansiedad de perder lo que tenemos. No vivimos de lo que tenemos, y que por lo tanto podemos perder, sino de lo que recibimos y que puede sernos dado de muchas maneras nuevas: si realmente pudiéramos personalizar este mensaje, nos volveríamos un pozo de vida en medio del mundo. No porque poseamos el agua de la vida, sino porque permitirnos que se nos dé. Como escribe san Pablo en la carta a los Romanos, 'no sabemos qué orar según conviene, pero el Espíritu está intercediendo él mismo por nosotros con gemidos que son inexpressables' (8: 26). Estos gemidos son expresiones de la profunda verdad cuando no sabemos qué hacer o decir, cuando no sabemos a dónde ir, y nos estamos relacionando, mediante estos gemidos, con Dios, quien puede incluso hacer del desamparo un signo de su cercanía. Igual que en la mañana de Pascua delante de la tumba vacía: no ya una señal de soledad y

⁵ *Contra doctrinam retrahentium a religione (1270), Caput 15*. Este tratado fue escrito como respuesta a *Contra adversarium perfectionis christianae* (ca. 1269) por Gerard of Abbeville. Cf. C.A. Franks, *He Became Poor. The poverty of Christ and Aquinas Economic Teachings*, Grand Rapids 2009.

⁶ Ver J.G.J. van den Eijnden, *Poverty on the way to God: Thomas Aquinas and Evangelical Poverty*, Leuven: Peeters 1994.

⁷ *Contra doctrinam retrahentium a religione, Caput 15*.

abandono extremos, sino un signo de una presencia nueva 'en Galilea', como una promesa: 'allí lo veréis' (Marcos 16:8).